

Conversar

Nada más amable ni más educador que el intercambio de ideas y pensamientos en una simpática y amena conversación. Yo conozco a un sempiterno conversador—, no charlatán—, a quien siempre escucho, valgame la expresión, con la "boca abierta". Y es que pocos son los que poseen el difícil arte de interesarnos con sus palabras y menos, muchísimos menos, los que nos causen admiración por sus ideas.

Conversar es hablar amistosamente, sin violencias, sin acritud; es una exposición del modo de pensar de cada uno, de su forma de ver las cosas, en un agradable ambiente de comprensión y tolerancia; un juego donde las cartas son el ingenio y las figuras son el pensamiento. Como no hay premeditación sobre determinado tema a tratar, cuanto se dice es natural y sencillo, sin que por ello deje de ser acertado y profundo. La: más de las veces, de una conversación sin pretensiones transcendentales, nace una idea luminosa que bien puede, si la capacidad del que la concibe es suficiente, convertirse en algo digno de elogio.

Conversar, cuando no es decir banalidades y fruslerías, ni hablar mal de todo, como alguna vez sucede, es altamente beneficioso. Demuestra la capacidad y la inteligencia de cada cual, y toda palabra, dicha sin presunción y sin afán de descoliar, es un velo que se descorre, dejando ver más clara y cercana el alma ajena, con sus errores y aciertos; dándonos a conocer su personalidad, su verdadero carácter, escondido antes bajo la capa superficial de una sonrisa forzada y de circunstancia. Conversar así es una especie de confesión mutua y, como tal incita al acercamiento, a la compenetración, a entender a los demás con sus ideologías, aspiraciones y sentimientos, sin que cieguen nuestros ojos egoísmo personal o pasión interesada.

Arte difícil éste, amable y atractivo, que con la jocosa expresión o definición risueña, una sin presión, obliga sin mandato, instruye sin estudio, enseña sin trabajo. Y precisamente por todo ello, deshace errores, aclara conceptos, crea amistades verdaderas y atrae volunta-

des, pues nada prende tanto como el saberse comprendido.

Pero son pocos los que gustan de conversar. La mayoría no quieren perder el tiempo en estas cosas para ellos improductivas, fecundas y ricas para los que creen en su importancia hoy, cuando todos se dan a discutir de cualquier futil asunto, de nimiedades insulsas y sin sentido o, lo que es peor, de lo que no debieran, por ignorancia.

Miguel MOLINA

"Lucena, 11 de junio de 1953"